

CRECER CON EL MUNDO

Guillermo Castro H.*

*Sociólogo, miembro del comité editorial de la revista *Tareas*, profesor de la maestría en Sociología con énfasis en gestión ambiental del Departamento de Sociología de la Universidad de Panamá.

La utilidad de un análisis de nuestros problemas organizado en torno al concepto de sistema mundial debería ser especialmente evidente en un país como el nuestro, que escogió llevar por lema en su escudo la frase *Pro Mundi Beneficio*. Quizás nunca fue tan tentadora, como en 1903, la idea de que incorporarse al sistema mundial – y quizás más aun, servir a ese sistema que entonces ingresaba en su etapa de plena integración -, era el modo mejor de incorporarse a la geocultura liberal, entonces novedosa, en que parecía encontrar solución el conflicto entre civilización y barbarie sobre el cual las oligarquías latinoamericanas habían construido de 1845 en adelante la justificación de la necesidad de su dominio sobre nuestras sociedades.

Hoy, sin embargo, esa geocultura ha entrado en crisis junto con el sistema mundial del que era expresión, y la perspectiva analítica que nos ofrece Immanuel Wallerstein se presenta ante nosotros como un medio tan útil como fecundo para encarar esa crisis desde nuestra propia cultura. Con algunas advertencias y salvedades, por supuesto.

De todas ellas, quizás ninguna sea tan importante como la de reconocer que somos criaturas del liberalismo. Hemos sido formados y forjados al interior de la geocultura liberal, y todo en nuestro y en nuestra afectividad tiende a expresarse en los términos que esa geocultura ofrece, y a reproducirla sin cesar. Así, por ejemplo, explicar el mundo sin recurrir a los conceptos de capital, desarrollo y nación, sería tan difícil como lo hubiera sido para un clérigo medieval hacerlo sin referirse a la cristiandad, la providencia y el ordenamiento evidente de la sociedad en *oratores*, *bellatores* y *laboratores*: eclesiásticos, guerreros y campesinos, pero no intelectuales laicos, ni empresarios, ni obreros asalariados.

Así pues, la hegemonía de la geocultura liberal es evidente pero, al mismo tiempo, el hecho de que constatemos esta evidencia indica ya que en el seno de la geocultura – esto es, en su relación con los conflictos de la realidad - han madurado contradicciones que ella ya no está en capacidad ni de procesar, ni de expresar. La constatación, en efecto, es ella misma, ya, un acto de confrontación, en la medida en que es un acto de práctica consciente, esto es, de crítica del sentido común en que adquiere su forma más eficaz y difusa cualquier hegemonía verdadera.

Por lo mismo, la crítica del sentido común implica ya un esfuerzo por someter a control los conceptos que la articulan, e iniciando con ello, en un mismo movimiento, la de-construcción de sus mecanismos de procesamiento de las contradicciones de la realidad, y del sistema ético – esto es, de cultura

en acto – que norma y orienta las conductas correspondientes a los resultados de ese procesamiento. En esta tarea, la perspectiva del sistema mundial, al permitimos asumir como unidad de análisis la totalidad histórica de la que formamos parte, tiene una importancia singular.

Estamos en el mundo, existimos en él como él existe en nosotros, sin duda alguna. Pero eso no nos condena por necesidad – como parecía ayer apenas – a una situación de atraso y dependencia sin remedio. Por el contrario, estar en el mundo, si lo entendemos en la perspectiva a que nos invita Wallerstein, es precisamente lo que nos permite participar de su transformación en una dirección correspondiente a las más profundas necesidades sociales, morales y culturales del pueblo en el que tenemos existencia.

Este mundo está cambiando, sin duda, y otro es posible. Pero - sin duda también – ese otro mundo posible sólo será deseable si participamos con criterio propio en su transformación. Y el núcleo de ese criterio está presente y vivo en nuestra cultura, en autores como José Martí – el que en 1891 dijo que no había batalla entre la civilización y la barbarie, “sino entre la falsa erudición y la naturaleza”, y llamó a injertar “en nuestras repúblicas el mundo”, siempre que el tronco fuera “el de nuestras repúblicas” -, y en las prolongaciones de su pensamiento y su conducta en la profundidad del siglo XX, en lo que va de José Carlos Mariátegui a Ernesto Guevara, a Paulo Freire y a la Teología de la Liberación.

Desde ese criterio, el Pro Mundi Beneficio de ayer nos lleva a la posibilidad de sumarnos a la mayoría del género humano en su lucha por los beneficios de un mundo nuevo, en el que la libertad no oblitere a la responsabilidad hacia los demás; la igualdad social no sea buscada en la eliminación de las diferencias de naturaleza y de cultura, y la fraternidad – y ya no el interés individual mezquino - llegue a ser la norma fundamental de convivencia en una sociedad mundial plenamente humanizada. No está escrito que llegue a ser así, pero tampoco que no pueda llegar a serlo.

En tiempos de inestabilidad e incertidumbre como los que nos ha tocado vivir, la única certeza posible es la de nuestra responsabilidad en la construcción de uno de muchos futuros posibles. Descubrir esta verdad, y desde ese descubrimiento aprender a valorar de un modo nuevo nuestras capacidades más profundas para cambiar con el mundo y ayudar a cambiarlo, ha de ser el fruto mejor de la semilla que deja sembrada Immanuel Wallerstein en Panamá.